

Esta sugerencia forma parte de la gran polémica finisecular. La conciencia, dicho en términos ordinarios, o es una propiedad segregada por las neuronas físicas del cerebro —versión materialista, mayoritaria en la ciencia de hoy— o es «algo» externo, cósmico, inmortal, con «sustancia» propia, que pertenece al espíritu sagrado del universo, en la versión espiritualista o mística. Una y otra versión estaban antes perfectamente dicotomizadas entre teólogos, chamanes, visionarios, fe popular, de un lado, y psicólogos, biólogos, físicos, neurólogos o simples agnósticos de otro lado.

La novedad parece consistir en que actualmente se están mezclando los campos disciplinarios, se asiste a una metamorfosis de la ciencia, que abandona sus predios «clásicos», y un físico-humanista como Prigogine, nunca sospechoso de aventurerías paranormales, pregunta: «¿Cómo se puede distinguir el hombre de ciencia moderno de un mago o de un adivino?» Es una mala pregunta. A él y a sus reflexiones sobre el tiempo cuántico o sobre la necesaria complementariedad de saberes filosófico-científicos, se le distingue, naturalmente. Pero al amparo de esa posible identidad, hay que pertrecharse para una aventura en la investigación de la conciencia donde no siempre estamos preparados para diferenciar las fantasías subjetivas y las deliberadas mistificaciones, de otras propuestas más rigurosas y comprobables.

Existe una literatura de consumo que asimila fácilmente las percepciones extrasensoriales, el ocultismo, los poderes ignorados de la mente, los sueños precognitivos, las reencarnaciones, la inmortalidad, las frases altisonantes de retórica vana (Ken Wilber en *El proyecto Atman*: «... y la evolución [se refiere a un llamado proceso de desarrollo psicológico] prosigue hasta que sólo existe la Unidad, definitiva en todas direcciones, con lo cual queda agotada la fuerza de la evolución y se alcanza la liberación perfecta en el Resplandor como conjunto del Flujo Mundial») o los experimentos de interpretación desbordada que se quiere extraer de la conciencia en grado de alteración por alucinógenos. Es el caso de Grof, entre otros muchos.

La alucinogenia

Stanislav Grof es un psicólogo checo, de Praga, que trabaja en Estados Unidos y autor del libro *La mente holotrópica*⁵. Sus experimentos con LSD-25 en pacientes aquejados de trastornos mentales y consigo mismo, le condujeron del ateísmo a la mística. También a la posesión de una «conciencia cósmica». Bajo los efectos de la dietilamida del

⁵ Stanislav Grof (y A.Z. Bennet). *Kairós*. Barcelona, 1994.

ácido lisérgico, Grof se encontró súbitamente —cito sus palabras— «en medio de un drama cósmico que trascendía, con mucho, mis más descabelladas fantasías. Experimenté el Big Bang, atravesé agujeros negros y agujeros blancos ubicados en los confines del universo y mi conciencia se transformó en supernovas, pulsars, quásares y todo tipo de fenómenos cósmicos».

Se convenció de que la conciencia es algo más que «un mero subproducto accidental de los procesos neurofisiológicos y biológicos que ocurren en el cerebro humano». En su opinión, la conciencia y el psiquismo humano son expresiones y reflejos de una inteligencia cósmica que impregna la totalidad del universo y la existencia toda, o sea que Grof, por la vía científico-alucinógena de la conciencia alterada, retorna a la vieja polémica y se pronuncia radicalmente por la vertiente cósmico-espiritualista, lo cual le permite conocer y revivir no ya episodios intrauterinos y prenatales, sino también otros períodos de la historia, de la naturaleza, de distintas y variadas personas ancestrales, de animales, minerales, vegetales y mitos.

Dicho sea entre paréntesis, el descubridor de los efectos del LSD, el químico suizo Albert Hofmann, cuando por serendipia llevó a cabo en 1938 sus experimentos, cosechó reacciones bastante más plausibles, que se tradujeron en mareo, distorsiones visuales, colores y formas calidoscópicas, sabor metálico en la lengua, sofoco y desdoblamiento, todo lo cual se consideró interesante para el estudio de las psicosis y otros trastornos mentales.

Grof, con sus sesiones psicodélicas y holotrópicas o por experiencia propia, va más lejos. Se observa él mismo, objetivándose, en sus sensaciones fetales, intrauterinas, y reconoce a veces sustancias nocivas, especias, ingredientes alimenticios poco apropiados para un feto, sustancias derivadas del humo de un cigarrillo o indicios de alcohol. ¿Quiere decir Grof que estando él en el vientre de su madre ya podía detectar mediante la evocación presente sustancias derivadas del cigarrillo que ésta fumaba? Exactamente eso es lo que quiere decir. Y no acaba de entenderse bien, o resulta un concepto difícil de manejar, pues aun admitiendo el desdoblamiento que provoca el ácido lisérgico, ¿qué va saber un feto de tabaco o alcohol como no se trate de un alarde gratuito y manipulador agregado *a posteriori*? De adulto alucinado es posible imaginar el saboreo de cualquier cosa, pero de eso a identificarla con la realidad fetal o una supernova media un abismo.

«Su ego [Grof habla en tercera persona] se disolvió y se transformó en todo lo existente. A veces esa experiencia era intangible y desprovista de contenido, otras en cambio iba acompañada de todo tipo de visiones beatíficas, imágenes arquetípicas del paraíso, el cuerno de la abundancia, la

edad de oro o la naturaleza sin mácula». Es decir, que aceptando el rigor del experimento, supongamos, ¡el paraíso y la edad de oro existen! Sólo falta retratar a Dios.

Lo que seguramente no se ha planteado Grof es que para este tipo de evocación, que es de carácter cultural y lírico-panteísta, no hace falta ingesta de ácido lisérgico, método holográfico y ni tan siquiera haber estudiado psicología.

Lo que aquí queda en pie no son constataciones científicas, místicas ni primigenias de ninguna especie, sino, a secas y siempre, el enormísimo misterio de cuál sea la verdadera naturaleza de la conciencia y sus propiedades, la ascensión de infinitas capas culturales y fisiológicas, y la capacidad evocativa para sentirse —pretendidamente, la conciencia tiene esa libertad— pez, mariposa o savia de sequoia.

«Tras muchos años de investigación con estados no ordinarios de conciencia hemos llegado a la conclusión de que en esos estados no sólo podemos ser testigos de las realidades míticas y arquetípicas, sino, lo que es más importante, que también podemos llegar a *transformarnos* en los mismos arquetipos (...) Identificarnos plenamente con Sísifo en las profundidades del Hades empujando la roca montaña arriba». Y nosotros también. Y sin necesidad de abandonar el estado ordinario de conciencia. Basta un leve énfasis emocional o poético. Es una virtud dada, inenarrable e inoperante fuera de la subjetividad y, ya digo, lo que importa es la conciencia en sí, sus propiedades, su naturaleza ignota, su poder de representación y abstracción, la medida en que evoluciona junto a la evolución biológica.

Las ideas de Grof son interesantes porque suscitan pasión por ese misterio fundamental y se liberan de ciertos posibles reduccionismos lastrantes, al tiempo que ilustran la incorporación no desdeñable de la vieja tramoya mística, pero su condición de psicoterapeuta con clientela, supongo, lo pone con frecuencia al borde de la charlatanería, como cuando se pretende que la conciencia es *anima mundi* trasmutada de espacio y tiempo, y luego se pretende que trascienda los límites del espacio, del tiempo y de las especies. ¿Cómo trascender lo que se es que ya ha trascendido? Ir más allá de la conquista del más allá parecen complicaciones prematuras.

Desmitificar

Al movimiento científico de recuperación paranormal y de legítima indagación transpersonal, le acompañan visajes embaucadores que inciden en la ingenuidad popular y que, por consiguiente, empiezan a exigir otro movimiento, esta vez «desmitificador» de videncias y correlaciones afortunadas

con el haz de la creación. Un profesional de la desmitificación es Martín Gardner, que en algunos de sus libros, *La ciencia: lo bueno, lo malo y lo falso*, *La nueva era*, recopilaciones de artículos publicados en revistas, lucha por mantener en su justo medio el pabellón de la lógica, aun a sabiendas de cuántas veces en la historia el *establishment* científico y la ortodoxia académica (por no hablar de la influencia teocrática) han retrasado la aceptación de propuestas que en su día parecieron inverosímiles y absurdamente revolucionarias.

Los dardos de Gardner, además de poner en su sitio al parapsicólogo de turno con poderes extraordinarios —doblar cucharillas con la fuerza de la voluntad, explicar cosmológica y técnicamente los milagros bíblicos, conversar con los muertos o narrar experiencias del tipo «vida después de la vida»—, se orientan en otra vertiente hacia los errores genetistas y de física nuclear de los científicos soviéticos por combatir el «idealismo burgués» o, en cita heterogénea, desestima por ejemplo que Ramón Llull prefigurase el desarrollo de la moderna lógica simbólica, la energía orgónica de Wilhelm Reich, las demostraciones del fraudulento Uri Geller, los dudosos experimentos de Tart, las fantásticas reencarnaciones de Shirley McLaine y la mucha pseudociencia que asola las desesperanzadas sociedades altamente industrializadas, que a veces originan una crítica cordial, una factura hinchada o un suicidio colectivo.

Límites y cordura

Aquel ir más allá del más allá en volandas del estado no ordinario de conciencia, resta credibilidad a los radicales de la transpersonalización y las propiedades inefables del inconsciente colectivo. No conocen límites y para ellos (retóricamente) Dios está a la vuelta de la esquina. Los vericuetos del cosmos les son familiares. Se identifican con el «principio creador del universo» sin perder su propia identidad; es más, a veces son ellos la misma fuerza creadora.

La débil consistencia de estas lucubraciones se advierte en uno de los párrafos que sin apuros brinda Grof: «Cuando nos identificamos con la conciencia cósmica sentimos que somos capaces de albergar en nuestro interior la totalidad de la existencia y de comprender la Realidad que subyace a todas las realidades particulares. En esta experiencia tenemos la sensación profunda de estar en contacto con el principio supremo y último de todo lo existente. En este estado, resulta absolutamente evidente que este principio es el misterio único y fundamental. Una vez que aceptamos su existencia nos ayuda a comprender y explicar todo lo demás».

O sea que la impresionante hazaña grandiosa de identificación con la conciencia cósmica y de ponerse en contacto con el principio supremo y último de todo lo existente, no conduce más que a darse otra vez de manos a boca con el «misterio único y fundamental». La aceptación del misterio único y fundamental es lo que nos viene asistiendo al resto de los torpes mortales que no goza tan pródigos privilegios y a nadie se le ocurre deducir que ese vacío reiterado ayuda a comprender y explicar todo lo demás. La indigencia del conocimiento supremo sigue en el mismo punto y la psicodelia holotrópica, o como quiera llamársele, no consigue justificar la ilimitada pompa de sus palabras.

Lo único que parece evidente, una vez más, son las propiedades de la conciencia, todavía indescifrables, su facultad de ruptura física y de representación abstracta, y la paradoja de que esas facultades provengan de un cerebro y de una estructura celular y neuronal que, en la mesa de disección, no arrojarían más que partículas físicas y concretas conexiones nerviosas.

En el caso de Grof, tomado aquí como arquetipo de tendencia o escuela, se pretende atisbar la ciencia desde la salida fácil paranormal, con una prosa sugestiva, de vastas resonancias, por cierto, y lo más efectivo sigue pareciendo lo contrario: la capacidad científica y naturalista que atisba lo que haya que atisbar con fundamentos todo lo reduccionistas y modestos que se quieran, pero indiscutibles, en el sentido, por ejemplo, de la propuesta de A.Z. Young en su libro *Filosofía y cerebro*⁶: «Si estos supuestos espíritus [independientes, fuera del cuerpo] están desvinculados por completo de su dependencia de cuerpos terrenales y carecen de acción sobre ellos, entonces no pueden ser iguales a los procesos mentales conscientes normales, desde que éstos se demuestra que *dependen* de los cuerpos».

Las palabras de Young me parece que equivalen a un dique morigerado que se alza contra la demasiado expeditiva trascendencia alimentada por la ofensiva paranormal, psicodélica y acausal, que unas veces es honesta y cargada de fascinantes posibilidades, y otras no es más que una verdadera chifladura. Conviene establecer las oportunas discriminaciones.

⁶ A.Z. Young. *Oxford University Press*, 1987. Trad. cast., Ed. Sirmio. Barcelona, 1992. De esta edición se conoce el director de la colección, el traductor, el corrector de pruebas, el diseñador, etc. Pero no hubiera sobrado un mínimo dato biográfico sobre el autor.

Eduardo Tijeras